DANIEL SAMPER ORTEGA

EL ESCOLLO

Comedia dramática en tres actos y en prosa, estrenada en la noche del 28 de julio de 1925 en el Teatro de Colón de Bogotá, por la compañía "Ricardo Calvo"

2965-TIPOGRAFIA REGINA BOGOTA

1926

DANIEL SAMPER ORTEGA

EL ESCOLLO

Editada en la Tipografía Regina. Bogotá.

EL ESCOLLO

COMEDIA DRAMATICA EN TRES ACTOS

Estrenada el 28 de julio de 1925 en el Teatro de Colón de Bogotá
por la Compañía del Teatro Español de Madrid "Ricardo Calvo"

REPARTO:

Ana............................ Sra. Matilde Asquerino
Salvador...... .... Sr. Ricardo Calvo
Miguel....................... Sr. José Soriano Viosca

ACTO I

Saloncito-despacho en casa de un aficionado a la pintura. Muebles decentes: apuntes, bocetos y cuadros en los muros. Caballete con un lienzo. Puertas laterales. Al foro, vestíbulo de cristales.

Cuando el telón se levanta, Miguel y Ana conversan sentados. El tiene su sombrero en la mano; también ella acaba de llegar de la calle.

MIGUEL

—Es todo cuanto sé acerca del asunto.

ANA

—¿Y usted lo cree?

MIGUEL

—¿Por qué no?

ANA

—Hace usted mal en creerlo, Miguel. Circulan muchos cuentos que no tienen base de verdad.

MIGUEL

—Cuando el río suena....

ANA

—No. Dígamelo usted a mí que siento los

ojos de todo el mundo sobre mi pobre persona. No basta ser correcta: aquí toda mujer que se pone en evidencia por su belleza, su inteligencia, por su misma bondad o por su desgracia simplemente, como me ha pasado a mí, tiene su honra a merced de los comentarios de todos; al discutirla, cada uno agrega cosas que sólo existen en su fantasía; y a la vuelta de muy poco la pobre está que asusta.

MIGUEL

—Alguna culpa tienen siempre ellas.

ANA

—Tal vez si son hermosas, inteligentes o buenas, porque las cualidades pueden disimularse. Pero ¿cómo ocultar un abandono igual al mío?

MIGUEL

—Dígame, Ana: ¿sigue prosperando su demanda?

ANA

—No he vuelto a saber nada en los últimos días. Pero tengo esperanzas. Como ya está fallado un caso igual....

MIGUEL

—Sí, sí. No es el primero. También es ver-

dad que usted no podría pagar como pagó nuestro amigo.

ANA

—Pero de algo me aprovecharán a mí los esfuerzos que otros hayan hecho. Antes, ¿quién podía pensar en que la Iglesia anulara un matrimonio?

MIGUEL

—Un problema de hoy no puede resolverse como hace un siglo.

ANA

—Si no hay más que analizar el mío. Me casaron muy niña, contra mi voluntad, con un hombre que yo no quería ni me quiso nunca tampoco. Yo no culpo a mi madre. El tenía el prestigio de su riqueza, de su figura, de ser extranjero....esto último sobre todo. En fin: saciada la pasión, ya no le interesé más. Hoy él se ha vuelto a casar. Le bastó con el divorcio legal; en cambio para mí, lo único que puede desatar el lazo es la muerte.

MIGUEL

—En realidad es injusto.

ANA

—Y cruel. Cuando me pongo a pensar en ello siento una locura, una desesperación.... ¡No sé qué siento, Miguel! ¡Tal vez por eso no soy.... vamos, tan católica como debiera. Me parece que no merezco mi desgracia, y siento impulsos de rebelarme, no sé contra quién, pero rebelarme, romper esta red de convenciones, de mentira, de apariencias que envuelve mi vida, y vivir, sí, vivir unas horas siquiera! Piense usted que aún no he cumplido treinta años.

MIGUEL

—¡Pobre Ana! En realidad la suya es una posición....

ANA

—Falsa, ¿verdad?

MIGUEL

—No, eso no. Quiero decir.... anormal.

ANA

—Falsa, Miguel. Y peligrosa. No tengo a nadie en el mundo, porque mi hermano, usted lo sabe, no se ocupa de mí. Las mujeres me miran con recelo, los hombres con deseo; no soy ni soltera, ni casada, ni viuda, tres palabras que

definen cada una cierta situación. Pero como no hay palabra que califique mi estado, no tengo normas que me guíen, ni derechos, ni deberes.... ¡ah, no!, ¡esto sí! Tengo el deber de mostrarme recogida como las solteras, fiel como las casadas y triste como las viudas. ¿Se ríe usted?

MIGUEL

—No, no.

ANA

—Pues yo también me río; pero a fuerza de reír se me llenan los ojos de lágrimas algunas veces. ¡Ay, Miguel, si usted supiera....! Y luégo que también soy de carne y hueso. ¿Por qué pues no he de gozar mi juventud?

MIGUEL

—Todos tenemos alguna pena muy grande, Ana. La tragedia es la columna vertebral de la existencia. A veces, como en el caso de usted el drama está a la vista; pero cuántos hay que no sospechamos, escondidos en el fondo de una vida que nos parece tranquila y feliz.

Salvador entra por el vestíbulo y allí se detiene unos momentos. Ni Ana ni Miguel se aper-

ciben de su presencia.

ANA

—¿Como la suya?

MIGUEL

—¿Por qué no?

ANA

—Miguel, su vida no tiene complicaciones. Rico, soltero.... Usted es muy metódico en todo, hasta en el amor. Su cabeza es una máquina de calcular que no se desmanda. El amor puede hacer infeliz a un hombre, pero a un hombre fogoso, loco, aturdido, de esos que son capaces de enamorarse con todas las fibras del cuerpo y todas las pasiones del alma.

SALVADOR

Desde el vestíbulo.

—¿Como yo?

ANA

—Tal vez. Usted es muy distinto de su hermano. No lo digo en sentido que pueda ofender a Miguel.

SALVADOR

—Hoy también la hice esperar. Tiene usted que perdonarme.

ANA

—Pierda usted cuidado, Salvador. Hace poco llegué.

SALVADOR

—Pues vuelvo en seguida. Voy a saludar a mi mujer. ¡Se ha vuelto tan susceptible! No tardo.

ANA

—Vaya usted.

Mutis de Salvador, lateral derecha.

MIGUEL

—¿Quiere usted que entremos?

ANA

—He visto ya a Tulia.

MIGUEL

—¿Y qué?

ANA

—Está muy pálida.

MIGUEL

—Temo que acabe como sus dos hermanas.

ANA

—Sería una desgracia para Salvador.

MIGUEL

—No han sido dichosos.

ANA

—Miguel, no hay derecho para dudarlo.

MIGUEL

—Yo no culpo a mi hermano. El no siente amor verdadero sino por sí mismo. ¿Egoísmo? No; es generoso, demasiado para los medios que tiene. Pero hay una especie de egoísmo en esas personas que, como mi hermano, se enamoran hasta un límite absurdo de sus ideas, de sus caprichos.

ANA

—Si Tulia supiera llevarle la idea....

MIGUEL

—Tampoco se puede culpar a Tulia. Son tan distintos los caracteres.... Acaso un hijo podría soldar todas las grietas que se han abierto entre los dos. Pero eso sí: siempre que Salvador tome en serio la vida.

ANA

—Miguel: en esta casa todos están en un error. No saben apreciar a Salvador en lo que vale. Tenga usted por seguro que su hermano hará carrera.

MIGUEL

—¡Psch! La pintura, la musiquita, los versitos, son pasatiempos que no producen dinero.

ANA

—Algo han de producir, sinembargo. Porque si con toda el alma, con nuestro dolor, con nuestra emoción cristalizada en versos, color o armonía no podemos comprar un pedazo de pan.... ¡hay que reconocer que el mundo es absurdo!

MIGUEL

—O práctico. Sí, práctico. Estoy cansado de decírselo a mi hermano; pero no puede, o no le dá la gana entenderlo.

ANA

—No todos nacemos para lo mismo, Miguel.

MIGUEL

—Toma usted el asunto con calor, como tomaba usted la defensa de mi hermano en nuestros juegos, cuando éramos pequeños.

ANA

—Naturalmente. Le tengo un cariño especial. Además, como a mí me ha tocado sufrir, adivino y compadezco la tragedia constante que es

la vida de su hermano. La tragedia oculta de que hablábamos antes.

MIGUEL

—¿Pero qué pretende usted sugerirme?

ANA

—Nada. Aunque.... si hemos de hablar con sinceridad, Tulia no presume cuánto vale su marido. Ella debería ser la primera en empujarlo a vencer.

MIGUEL

—¿Está usted loca?

ANA

—Salvador vencerá tarde o temprano, a despecho de su mujer, de usted, Miguel y de todos. ¿Ve usted ahora la tragedia? Sacrificando su vida en ocupaciones que no le producen nada más que dinero, cuando si le fuera posible seguir su camino, conquistaría nombre, fama, todo.

MIGUEL

—Eso sí que no. El que quiere ser algo tiene que trabajar.

ANA

—¡Miguel! Si hay algo en que se trabaje de

verdad es en arrancarnos el alma a jirones para darla a todos....

MIGUEL

—Está usted equivocada. La ciega su cariño por mi hermano.

ANA

—Los equivocados son ustedes, y yo, y él mismo; este mundo es una sola equivocación.

MIGUEL

—Celebre usted sus excentricidades y ya verá.

ANA

—¿Y sabe usted por qué lo hago? Porque lo admiro con una admiración muy grande. Usted bien podía ayudarle porque es rico, Miguel. Pero....,—y perdóneme la franqueza—usted no sabe mirar la vida sino a través de los billetes. Nada, no lo tome a ofensa, amigo mío. No le critico a usted su ambición: sólo le pido que respete la ambición del otro. ¿Que usted aspira a ser potentado? ¡Santo y bueno! ¿Que su hermano quiere pasar humildemente por entre las cajas de caudales, tranquilo, con la ilusión de vivir consigo mismo sus horas? Pues santo y bueno también. ¡A ver quién le tomaba a usted

SALVADOR

—Sí.

MIGUEL

—Y que el Ministro me trata con mucha deferencia porque sabe que puedo imponer los términos, dadas las condiciones del mercado ¿Pero me estás atendiendo?

SALVADOR

—Sí, hombre, sí.

MIGUEL

—No me fío. Dáme acá eso.
Le quita el pincel.

SALVADOR

—¿Y qué tengo yo que ver con el mercado?

MIGUEL

—Con el mercado no. Es que por el Ministro he sabido que tú vas a quedar cesante de un momento a otro.

SALVADOR.

—Está bien.

MIGUEL

—¡Está bien.... está bien....! ¡Y te quedas tan fresco!

SALVADOR

—¿Qué se remedia con poner cara de crucificado?

MIGUEL

—Pero ¿ni siquiera me preguntas por qué te van a suspender?

SALVADOR

—Tienes razón. ¿Y a qué obedece ello?

MIGUEL

—A que suprimen la sección donde trabajas. *(Salvador hace un gesto vago y guarda silencio).* ¿Y qué piensas hacer?

SALVADOR

—Ya se verá.

MIGUEL

—¡Ya se verá.... ya se verá....! ¿Y mientras tanto con qué vives? Rechazarás mi ayuda, como la otra vez. La mortuoria de tu suegra no está terminada todavía.

SALVADOR

—Ya lo sé.

MIGUEL

—No tomes las cosas con esa calma, que me sacas de quicio. *(Pausa)* Pues bien: como yo

suponía que no habrías de pensarlo, he pensado por tí. Quiero aprovechar esta ocasión para que te vengas al banco conmigo.

SALVADOR

—Gracias.

MIGUEL

—No me des las gracias. Lo he pensado porque me agradaría meterte en cintura. Tú no sabes trabajar.

SALVADOR

—Te agradezco tu buena voluntad, Miguel. Pero yo no sirvo para empleos de responsabilidad. A mí me gusta tener el espíritu libre cuando llego a mi casa. De otro modo no se puede hacer arte.

MIGUEL

—No digas tonterías. ¿Cómo vas a tomar a lo serio esto de los monitos? Hasta aquí juzgué que eras sencillamente un hombre frívolo, sin voluntad, sin energías para trabajar. Pero me convenzo de que eres un desequilibrado.

SALVADOR

—Eso.... habría que estudiarlo. Puede que el desequilibrado seas tú. Lo que a tí te parece

distracción de muchachos, a mí me produce satisfacciones hondas, definitivas, intensas, que tú no conoces, ni conocerás nunca, porque no son papeles negociables.

MIGUEL

—Es absurdo, no entiendes la vida, no ves más allá de tus narices.

SALVADOR

—Por lo mismo que veo lejos no puedo poner interés en lo fugaz. Anhelo perfeccionarme, sobrevivirme, ser alguien. Pasemos cien años sobre este momento en que vivimos, y díme si queda algo de los afanes, goces o penas de toda esta humanidad que hoy lucha y se desespera. Sólo lo que emanó del espíritu subsistirá.

MIGUEL

—Todo eso es muy bonito, pero no me parece práctico. En fin: ahí vuelve Ana. Me quedo a comer. Hablaremos luégo.

Ana vuelve por la izquierda, vestida de gala y con abanico en la mano. Miguel hace mutis lateral derecha.

SALVADOR

—¿Está usted lista?

ANA

—Usted dirá.

Ana mueve una silla, y se sienta en ella, cruzada la pierna, el codo apoyado en la rodilla y el rostro en la palma de la mano, como para un retrato artístico. Salvador entretanto, se coloca la blusa, prepara la paleta, orienta el lienzo.

ANA

—¿Así?

SALVADOR

—Casi.... tan sólo ese pie.... ahora está bien, gracias.

Una pausa durante la cual Salvador pinta.

ANA

—Salvador: yo quisiera pedirle un consejo.

SALVADOR

—Diga usted, Ana.

ANA

—Se relaciona con mi hermano. Me apena mucho; ¿pero si no acudo a usted, al amigo de toda mi vida, a quién acudiré? Pues..... en dos palabras: mi demanda de divorcio está para fallarse. Usted sabe que mi hermano se opuso

desde el principio. No sé.... pero sospecho que pretendía obtener.... ¡me da pena contar estas cosas....! dinero de mi marido.

SALVADOR

—Lo sabía. Desgraciadamente, Ana, de su hermano hay que esperarlo todo. Perdóneme usted la franqueza.

ANA

—Por el contrario: cada palabra suya me economiza una vergüenza, porque es necesario que usted lo sepa todo para que me dé un buen consejo. ¿Sabía usted también que mi hermano juega?

SALVADOR

—¿También?

ANA

—Es el problema: fallada la demanda de divorcio, condenarán a mi marido a pagarme una indemnización. Y me pagará con la deuda que mi hermano tiene para con él. ¿Ve usted?

SALVADOR

—Sí. Y creo que no será fácil encontrar una salida a ese asunto.

ANA

—No la tiene. Mi hermano ha jugado lo suyo y lo ajeno.

SALVADOR

—Déjeme usted pensar. Voy a consultar el caso.

ANA

—No, eso no, Salvador.

SALVADOR

—En abstracto, sin mencionar a su hermano. Mañana hablaremos otra vez.

ANA

—¡Cómo se lo agradezco! Es usted tan bueno conmigo....

SALVADOR

—Bien sabe usted que lo suyo me interesa aun más que lo mío. Se lo digo de corazón.

ANA

—Lo creo, sí. Lo siento. Usted me tiene lástima porque ha sabido comprenderme. Es tan difícil encontrar otra alma que entienda la nuestra, ¡el alma hermana! Desgraciadamente....

SALVADOR

—Siga. Sea usted sincera.

ANA

—Iba a decir una frase romántica. Que por desgracia esos espíritus capaces de entenderse, de compenetrarse, de comulgar en un mismo amor a la Belleza.... En un mismo desdén por lo mezquino.... ¡Vaya, hablemos de otra cosa!

SALVADOR

—¿Quiere usted que yo adivine lo que calla? También he pensado lo mismo muchas veces: que esos espíritus de selección se encuentran.... tarde muchas veces. ¿No es eso?

ANA

—Tal vez.

SALVADOR

—Bien sabe usted qué tanto la he querido yo también desde que éramos pequeños. ¿Se acuerda?

ANA

—¿No he de recordarlo si esa época fue la única feliz para mí? Desde entonces fui su aliada contra los demás. Yo era más fuerte; usted un poco enfermizo.

Una pausa. En la vecindad alguien toca piano hasta el final del acto.

SALVADOR

—Este retrato suyo, Ana, me entusiasma enormemente. Quisiera dejar en él como una reminiscencia de esos días ya lejanos, de su alma de niña tan blanca y tan hermosa. Espero que sea para mí uno de esos grandes aciertos que todos podemos esperar alguna vez. ¿Imagina usted la maravilla, el encanto que tendría su retrato si yo pudiera interpretar la dulzura de su espíritu en la suavidad de una línea feliz? ¿Supone usted la sensación del artista cuando conoce que va por el camino preciso para manifestar esa emoción serena que a veces nos sacude blandamente?

ANA

(Con entusiasmo) —Sí, sí. Es como un dolor tenue, un dolor hermoso ¿no es verdad? Cuando se ha sufrido como he sufrido yo, se aprende que el dolor es bello. Por eso me produce emoción el arte; pero el arte que nos ha costado lágrimas.

SALVADOR

—¡La admiro a usted, Ana!

ANA

—No hay razón. Era natural que yo procurara

suavizar mi abandono. Quise volver los ojos a Dios.... ¡pero Dios está tan lejos....! Es muy triste sentirnos solos en el mundo, sin un cariño, sin una ilusión.... realizable. Por eso me aficioné a los libros, al teatro, a la pintura, a la música. ¡Sobre todo a la música! Si usted supiera cómo desahogo el alma cuando estoy desesperada y me pongo a tocar un valse de Chopín.... La dulzura de la música me va penetrando como esas aguas turbias de río que van entrando en un lago azul. Cuando menos acuerdo, estoy tranquila, resignada, como si las penas se hubieran quedado dormidas; y entonces toco suavemente, con mucha suavidad.... para que no se vayan a despertar.

SALVADOR

—¡Ana, Ana!

ANA

—¿Qué?

SALVADOR

—No, nada. Que no mueva usted los pies.

ACTO II

La pieza donde vive Salvador solo y pobremente: sillas, cuadros. Sobre una mesita arde un reverbero, y encima de él hierve una cafetera; tacitas, azucarera, agua y vasos. Salvador sentado. Miguel se pasea.

MIGUEL

—Pero a veces pienso que tal vez no tienes la culpa. Me das la sensación de estar loco.

SALVADOR

—Bien podría suceder. La locura alienta sorda y latente en todas las almas como el agua bajo la tierra; en algunas conciencias aflora al igual de esos hilillos que corren mansamente y no hacen daño; en otras estalla como torrente impetuoso que arrastra cuanto encuentra en su camino. Pero no temas por mí. ¿Soy un loco? Quizá. Sinembargo debemos esperar que el torrente no salga fuera nunca. Yo no he debido casarme. Ahora lo veo. Un espíritu ansioso de

emociones, voluble y enfermo como el mío, necesita la libertad absoluta, completa, total. Lo que padezco no es demencia, es que soy víctima de un error.

MIGUEL

—El error es tu modo de ser; eres tú mismo; es tu carácter sin voluntad; es tu falta de hombría. Eres, como fue nuestro padre, un desadaptado, un hombre sin energías, un juguete que todos manejaron a su antojo.

SALVADOR

—¡Alto ahí, hermano! De nuestro padre debes hablar por lo menos con respeto. Fue demasiado grande para este mundo tan pequeño. No era un maniático, como piensas, sino un desengañado. No creas que le faltaba valor para la lucha; tal vez le sobraba corazón para mirar sin asco la miseria y la podredumbre de la humanidad. Esas almas de selección no están hechas para arrastrarse; están en la tierra como prisioneras de su cuerpo, y a mí me parece cuerdo y razonable que acaben por abrir con sus mismas manos las puertas de su jaula.

MIGUEL

—¿Lo ves, lo ves? ¡Eso es un elogio del sui-

cidio! Salvador: lo hago por tu bien. Abandona por un instante esas ideas disparatadas y mira a la realidad, a lo efectivo.

SALVADOR

—¿Y qué quieres que haga?

MIGUEL

—Volver a tu casa.

SALVADOR

—¿Fui yo acaso quien la abandonó?

MIGUEL

—Lo de Tulia fue un acto impulsivo.

SALVADOR

—Se repetían con frecuencia los actos impulsivos. Hay una incompatibilidad completa de caracteres. Recuérda cuántas desavenencias hemos tenido. Aquella escena de celos delante de tí....

MIGUEL

—Estaba nerviosa. Esos mismos celos son prueba de que te quiere.

SALVADOR

—Después...., no quiero recordarlo. ¡Pobre Ana!

MIGUEL

—Pero piénsa en todo lo que tu mujer había

sufrido, los miles de chismes que le llegaban a diario....

SALVADOR

—¿Y lo del retrato? ¿Te parece bien destrozar en un rapto de ira mi trabajo de cuatro meses?

MIGUEL

—Tampoco pretendo disculparla en eso.

SALVADOR

—Por ahí podrás juzgar hasta qué límite llegaron los disgustos de todos los días.

MIGUEL

—¡Pero fue que tú también te propusiste exasperarla!

SALVADOR

—No. Se me acabó la paciencia. Eso es todo.

MIGUEL

—Ahorremos discusiones, que a nada conducen. De todas maneras tienes que volver a tu casa.

SALVADOR

—Eso sí que no.

MIGUEL

—Es tu obligación.

SALVADOR

—Era. Pero desde el momento en que Tulia volvió al lado de su madre yo quedé libre.

MIGUEL

—¿Y no comprendes que eso fue una simple estratagema para obligarte a ceder? Tulia regresará cuando tú lo dispongas.

SALVADOR

—Ya es tarde. El escándalo está hecho; además, ahora estoy cesante, no tengo dinero. Mi mujer acaba de entrar en posesión de su herencia. Podría pensar que no vuelvo por ella sino por necesidad.

MIGUEL

—¿Cómo puede suponerlo si es ella misma quien me envía por tí?

SALVADOR

—De todos modos hay roturas que no se pueden soldar. Ella me guarda rencor.

MIGUEL

—Te repito que no.

SALVADOR

—Estoy seguro.

MIGUEL

—Pero hay que respetar las apariencias.

SALVADOR

—¿Para qué? No tenemos hijos.

MIGUEL

—Sinembargo.... La sociedad....

SALVADOR

—¿Qué me importa a mí la sociedad? Ahí tienes tú a la pobre Ana.

MIGUEL

—Hay que reconocer que de ella se ha hablado mucho.

SALVADOR

—Se ha hablado, tú lo dices. Pero no hay más que habladurías, no hay hechos concretos. En cambio, abundan mujeres de mala conducta cuyas hazañas son conocidas y esas sí van a los salones.

MIGUEL

—Hay errores, sin duda. Pero nuestra sociedad es justa.

SALVADOR

—Le falta valor para cerrar sus puertas a quie-

nes no son dignos de ella, y le sobra ligereza para juzgar sin encono a quienes no pueden halagarla.

MIGUEL

—Estás loco. No quiero discutir contigo, aunque acabaría por convencerte. Pero sea cual fuere el concepto que tengas del mundo, en él estás obligado a vivir y tienes que guardar sus reglas.

SALVADOR

—Pues no me dá la gana.

MIGUEL

—Es que no puedo permitir que siga este escándalo.

SALVADOR

—Eso es cuenta mía.

MIGUEL

—Y mía, puesto que te vienes a trabajar conmigo.

SALVADOR

—No he pensado hacerlo.

MIGUEL

—¿Y de qué vas a vivir?

SALVADOR

—Eres cándido. Todos saben, como yo lo sé, que si no quieren volver a recibirme en el ministerio es porque tú, mi hermano, has abusado de la influencia que te da tu dinero para sitiarme por hambre, ya que de otro modo no puedes obligarme a abandonar lo que tú llamas monigotes, y yo con la cabeza descubierta llamo arte.

MIGUEL

—Eso no es cierto.

SALVADOR

—Esa es la verdad. Pero ni aun así, con jugadas burdas, después de haber roto la paz de mi casa convirtiendo a mi mujer en mi enemigo, lograrás tú, ni logrará nadie que yo busque otro camino.

MIGUEL

—¿Qué llamas camino?

SALVADOR

—Lo que tú llamas locura.

MIGUEL

—Teorías, frases. Concretemos: ¿obedeces o nó?

SALVADOR

—No.

MIGUEL

—Ya lo veremos más adelante.

SALVADOR

—Ya lo veremos, sí.

MIGUEL

—¿Vas a decirme que piensas ganarte la vida pintando?

SALVADOR

—¿Y por qué no? ¿Me falta acaso juventud? Tarde o temprano ha de sentirse aquí como en todas partes la necesidad del arte; y entonces se comprenderá que el artista no es un ser inútil, un holgazán, como nos llaman los capitalistas.

MIGUEL

—Bueno; me estás haciendo perder el tiempo. Volvamos al asunto que me trajo. Regresa a tu casa.

SALVADOR

—No.

MIGUEL

—¿Definitivamente?

SALVADOR

—Definitivamente, no.

MIGUEL

—¿Sabes que estoy pensando en ¿que Tulia tenía razón?

SALVADOR

—¿Qué quieres decir con eso?

MIGUEL

—Que tus teorías de arte no son más que un disfraz.

SALVADOR

—¿Cómo?

MIGUEL

—Que en el fondo lo que hay es otra cosa.

SALVADOR

—¡Miguel!

MIGUEL

—¡Dílo de una vez!

SALVADOR

—¿Qué dices?

MIGUEL

—Que no hay tales habladurías.

SALVADOR

—¿Te atreves a pensar....?

MIGUEL

—Claro que sí. ¡Si es verdad!

SALVADOR

—¡Mientes!

MIGUEL

—¡Salvador!

SALVADOR

—¡Entonces mide tus palabras! ¡Ni a tí ni a nadie, ¿lo oyes bien?, le permito que hable mal de Ana.

MIGUEL

—Porque la quieres.

SALVADOR

—Sí. Porque la quiero. Y la quiero porque es una mujer de talento, una desgraciada; porque tiene que vivir fingiendo, representando una comedia, como yo, como todos los que no tenemos un alma vulgar.

MIGUEL

—¿Lo ves, lo ves?

SALVADOR

—¿Qué? ¿No se puede querer a una mujer y respetarla? ¿No cabe admiración sin deseo? ¿Tan

poca cosa me juzgas? Tú no has pensado lo que dices, Miguel.

MIGUEL

—¿Pero qué otra cosa ha sido nunca esa....?

SALVADOR

—Acaba.... Esa....

MIGUEL

—¿Quieres oírlo? Pues bien, sea: ¡esa mujerzuela!

SALVADOR

—¡Cálla, cálla!

Quedan enfrentados uno al otro, lívidos, descompuestos, reprimidos para no despedazarse. Suena el timbre. Una pausa. Salvador va a abrir sin quitar los ojos a su hermano. Es Ana quien llega.

ANA

—Buenas noches, Salvador. Buenas noches, querido Miguel.

Le tiende la mano, Miguel la mira sin contestar y la deja con la mano extendida; recoge su sombrero y sale.

ANA

—¿Ha visto usted? ¿Qué sucede?

SALVADOR

—Nada, no sucede nada. Siga usted, Ana. No haga caso de Miguel.

ANA

—¿Han tenido ustedes alguna diferencia?

SALVADOR

—Sí, es decir.... no. Verá usted.

ANA

—Perdóneme usted, Salvador. Miguel es raro. Eso es todo. Hablemos de otra cosa.

Se quita el sombrero, los guantes y el abrigo. Salvador en tanto se sirve y bebe café. Hay una pausa.

ANA

—¡Pero qué tonta soy! ¡Me he quitado el sombrero! No sé donde tengo la cabeza.

SALVADOR

—¿Qué le pasa a usted, Ana?

ANA

—¿Por qué?

SALVADOR

—¡Cómo!.... ¡Ah, vamos....! Quiere usted que acabemos pronto.

ANA

—¿Acabar?, ¿qué?

SALVADOR

—El retrato.

ANA

—No, amigo mío. No es eso. Me he quitado el abrigo por costumbre, porque siempre he venido aquí como su modelo. Pero hoy necesito consejo. ¿No ve usted que ya es de noche?

SALVADOR

—Está usted pálida.... ¿Se siente mal? ¿Quiere usted....?

ANA

—Nada, gracias. Un momento.

Se sienta con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados. Quiere sosegarse. Una pausa.

SALVADOR

—Bien. ¿Ya está tranquila? Dígame qué quiere de mí. Sabe que yo tengo con usted una deuda enorme de gratitud.

ANA

—¿De gratitud? ¿Qué dice?

SALVADOR

—Sí , sí. Usted ha creído en mí más que yo mismo. Además, Ana, yo sé a lo que usted se expone por venir a servirme de modelo.

ANA

—Mire usted, Salvador. De mí han de hablar de todos modos, venga o no venga donde usted. Mejor dicho: siempre han hablado; de manera que lo que digan no me interesa. Aquí se juzga todo por las apariencias, y contra eso no cabe defensa. ¿Ni por qué había yo de respetarlas?, ¿por el buen nombre de un marido que me abandonó y se fue con otra? ¿Por el apellido de mi padre, que mi hermano arrastra en todos los garitos y tabernas? ¡Vaya! Por ese lado no tiene usted nada que agradecerme. Yo sigo mis propios impulsos.

SALVADOR

—¡Ana!

ANA

—Sí, sí. Ese cuadro que ahora está acabando por segunda vez.... Que Tulia destrozó....

SALVADOR

—¿Cómo lo sabe usted?

ANA

—Todo se sabe. Pero no importa. No desmaye usted, amigo mío. Ese cuadro será la base de su éxito. Lo sé. Lo siento así. Tengo fe. ¡Qué feliz seré yo el día en que usted triunfe!

SALVADOR

—¡Qué buena es usted, Ana!

ANA

—Si no lo hago por bondad. Es.... ¿cómo le diré?, algo como un anhelo de que usted pisotée prejuicios, necedades que yo no he podido pisar como deseo. Yo quiero que usted vaya al triunfo como querría ir yo: ¡por sobre las cabezas de los que no han creído en su talento.... ni en mi desgracia!

SALVADOR

—¡Así, así será!

ANA

—¡Si yo fuera hombre! Pero la condición de mujer es tan triste. Nacemos condenadas a escoger entre el matrimonio o la soledad; una soledad de miseria porque nadie nos prepara a luchar por la vida. A la soledad de todos modos: porque si somos ricas, no nos enseñan a

sentir amor, sino a la vanidad; y si no tenemos medios de fortuna, nos obligan a escoger no a quien nos gusta sino a quien pueda remediar nuestras necesidades. Se nos educa superficialmente; muy superficialmente, en una atmósfera de miedo a nuestra voluntad, como que es la causa del pecado; también al pecado, porque irrita a Dios; y miedo a Dios, el Juez temible, inexorable, que ha de condenarnos por nuestros malos pensamientos, ¡nuestros pobres pensamientos de mujeres que no saben pensar! Y así, apocadas, tímidas, vacilantes, se nos arroja de pronto al mundo y ¡claro!, si nos falta un arrimo nos aturde el fragor de la brega, nos enceguece la luz, tenemos que alejarnos a la fuerza de ese Dios que tan sólo hemos visto con rostro airado, en la penumbra de las iglesias y en nuestras noches de pesadilla. *(Se echa a llorar).*

SALVADOR

—¡Ana, qué tiene, qué le pasa!

ANA

—No me haga usted caso.... estoy nerviosa. Salvador: ¡dígame usted qué debo hacer!

SALVADOR

—Ana, por Dios, no llore, yo no puedo verla llorar ¿Qué nueva infamia....?

ANA

—Es verdad: no hay para qué llorar. ¡No quiero llorar! *(Se enjuga con rabia los ojos. Una pausa).* Salvador, amigo mío: mi hermano ha huído.

SALVADOR

—¡Cómo!

ANA

—Una nueva fechoría: jugó, perdió, no pudo pagar, tenía un dinero ajeno.... han sellado la casa.... sospechan no sé qué cosas....

SALVADOR

—¡Pero es increíble, es....

ANA

—Es mi sino. Yo nací para eso: para sobrar en todas partes, para errar sin rumbo en la vida, para expiar pecados ajenos.... ¡para sufrir, en una palabra! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué hice yo para merecer esta existencia?

SALVADOR

—No se desespere usted, querida Ana. Ya ve-

remos cómo se remedia. Lo único que no tiene remedio es la muerte.

ANA

—¡La muerte! ¡Ah, si supiera usted cómo la deseo algunas veces....! Me cansa ya ese papel que me cupo. Hay personas que somos un escollo para la felicidad de los otros.

SALVADOR

—No, Ana, eso no. El escollo somos nosotros mismos, es esa mezcla estúpida de grandeza y de miseria, de lo noble y de lo ruin que hay en nosotros, del espíritu hecho para las alturas, y de la carne que lo retiene aferrado, humillado contra la tierra. Usted sufre, Ana, y yo también; es que mientras más delicada se tiene el alma más duelen en ella los grilletes que la retienen prisionera. Vamos, sosiéguese, hablemos con serenidad.

ANA

—Aconséjeme usted: ¿Qué debo hacer? No tengo más familia. En todas partes me juzgan una mujer perdida.... ¿Pero qué puede usted aconsejarme?........¡En fin: ayúdeme a pensar. Déme un poco de agua, hágame el favor.

Salvador sirve y le trae agua. Ella bebe a

sorbos, despacio, absorta en su preocupación. Devuelve el vaso.

ANA

—Gracias.

Se pone lentamente el abrigo y el sombrero. Se arregla el peinado sin prestar casi atención a lo que hace. Por último se despide.

ANA

—Hasta mañana.

SALVADOR

—Dígame usted, Ana. *(Ella le escucha desde la puerta, lista a salir).* Yo he tenido que romper con mi mujer. He afrontado el escándalo. No me importa; nada podrá ya detenerme en mi camino. Tarde o temprano venceré. Tengo una voluntad recia para luchar contra todos y contra todo. Por ese delito, por el delito de amar la belleza como único Dios y anhelar el triunfo con todas las fuerzas de mi alma, se acabó la paz de mi casa, me quitan el pan de la boca, me vuelven la espalda todos, todos menos usted.

ANA

—¡Salvador!

SALVADOR

—A usted, Ana, la sacrificaron por dinero, la vendieron a un caballero de industria; y cuando él la abandonó, cuando se vió la mentira de los oropeles con que vino a deslumbrarnos, todos la repudian; porque usted no puede, no tiene con qué comprar misericordia.

ANA

—Sí.

SALVADOR

—¿Entonces por qué hemos de respetar la ley de quienes nos consideran fuera de su ley? Si en este mundo lo que vale es el dinero y no lo tenemos; si todo se juzga por las apariencias y ellas nos condenan; si no existe piedad para los tristes, para los equivocados, para las víctimas de esa sociedad que no mira al fondo sino a la forma y que acepta como oro todo lo que reluce; si lo pequeño, lo ruin acaba siempre por vencer ¿para qué se marcha usted? ¡Fuéra trabas, fuéra prejuicios, abajo caretas! Vamos a conquistar el porvenir a pecho descubierto, con la frente erguida, por caminos anchos, sin más leyes que nuestro propio es-

fuerzo. ¡No se vaya usted, Ana! Recomencemos nuestra vida! ¡Quédese usted!

Ana permanece pensativa. Se adivina en ella una intensa lucha interior. Vuelve lentamente hacia dentro. De súbito se quita, junto a la mesilla, el abrigo, los guantes, el sombrero. Sirve café, y con la naturalidad de quien está en su propia casa pregunta a Salvador:

ANA

—¿Quieres una tacita de café?

TELON

ACTO III

SALITA-TOCADOR. A un lado mesilla con luz, y junto a ella diván donde Ana está tendida, leyendo, en traje de casa, con delantalcillo puesto. Colgados de una percha el sombrero y el abrigo de Ana. Suena un timbre. Ana se levanta y va a abrir la puerta del foro. Aparece Miguel con el sombrero puesto. No se lo quita en toda la escena.

ANA

—¡Cómo! ¿Usted Miguel?

MIGUEL

—Le extraña a usted mi presencia aquí: es natural.

ANA

—Pues........la verdad........

MIGUEL

—Lo comprendo, sí. Vengo en busca de mi hermano.

ANA

—No tardará. Si quiere usted esperarlo........

MIGUEL

—No: prefiero volver. ¿A qué hora le encon-

traré?

ANA

—Si ya debiera estar aquí. No tarda.

MIGUEL

—¿Puede usted decir qué dirección debe traer?

ANA

—Lo ignoro.

MIGUEL

(Iniciando mutis). Está bien.

ANA

—¿No quiere usted que yo le diga........

MIGUEL

—No es necesario. Volveré. *(Hace una reverencia fría y sale).*

Ana vuelve a su diván para reanudar la lectura. Abre el libro, pero no puede leer. Piensa. Se levanta. Vuelve a tenderse. Por una puerta lateral entra Salvador, que viste batín y pantuflas.

ANA

—¿Pero estabas tú aquí?

SALVADOR

—Entré hoy por la puerta del jardín. Acabo

de llegar.

ANA

—Han venido en tu busca. Yo he dicho que no estabas. No te sentí entrar.

SALVADOR

—Debe ser el portero de la escuela. ¿No me dejó contigo unos papeles?

ANA

—No, no era el portero.

SALVADOR

—¿Quién entonces?

ANA

—Tu hermano.

SALVADOR

—¡Miguel! ¿Mi hermano Miguel?

ANA.

—Sí.

SALVADOR

—No puede ser. ¿Y para qué me quiere?

ANA

—No sé. Dijo que volvería. No quiso esperar.

SALVADOR

—Es extraño. No sé qué tenga que hacer mi

hermano conmigo.

ANA

—Me pareció........cómo te diré........muy contrariado de no encontrarte. Como si te buscase con urgencia.

SALVADOR

—Me intriga su visita. Desde el día en que.... desde la noche aquella en que....tú recuerdas.... nunca más había vuelto Miguel a mi casa. Evita encontrarse conmigo por la calle. No puedo imaginar qué lo trae ahora.

ANA

—Ni yo....apenas....siento miedo ¿sabes? Miedo de algo que no me puedo explicar. Esta visita de Miguel obedece a una causa grave. De otro modo no habría venido aquí.

SALVADOR

—Tienes razón. Solamente mi hermano se había manifestado indomable. Al principio todos mis amigos me cerraron sus puertas; pero ya ves que a medida que fui venciendo, que adquiría fama, recuperaba mis amistades. Sólo Miguel no ha querido aceptar los hechos cumplidos, comprender que no fuimos nosotros sino la vi-

da quien nos obligó a defendernos.

ANA

—Sí, sí. Y tal vez tenga razón. Es cierto que no teníamos otra dcfensa. Pero esto no lo pueden comprender los demás, ni se les puede exigir que lo entiendan.

SALVADOR

—Sinembargo, ya ves como lo van entendiendo.

ANA

—Por lo que hace a tí. A los hombres se les perdona fácilmente cuando logran imponerse. Pero conmigo........ya ves; una mujer no tiene perdón.

SALVADOR

—No digas eso, Ana mía. A la fuerza me han de aceptar, y me han de aceptar contigo. De otro modo de nada me serviría vencer. Lo que pasa es que no todo se logra de una vez. Hay que ir poco a poco: Pero al cabo terminarán por rendirse.

ANA

—Te haces ilusiones....que yo te agradezco. pero que nunca verás convertidas en realidades,

A tí te han perdonado ya y si te hacen el vacío todavía en algunas partes, es por fórmula tan sólo. ¡Pero a mí! ¿Imaginas tú que una siquiera de mis antiguas amigas se degradaría hasta saludarme? Nada importa que ellas lleven vida de escándalo. Viven nominalmente con sus maridos. La gente no se impresiona por los amantes que tenga una mujer; lo que le fastidia es que no haya un marido respaldando al amante. De una mujer que como yo ha consagrado su vida libremente a un hombre, de quien podrá separarse cuando quiera, puesto que no hay lazos que la aten, y que sinembargo se siente ligada a él con firmes ligaduras de amor y nada más que de amor....de una mujer así, que no puede a ofrecer a otros ni goces ni nada, no se puede sacar ningún partido. Tal vez si yo no te quisiera como te quiero y tus amigos lo supieran, ellos, a lo menos ellos, me ofrecerían su amistad.

SALVADOR

—Vamos, ven acá. Ya te convenceré con el tiempo de que a donde yo vaya he de ir contigo. Otra cosa sería el mundo si en él hubiera cien mujeres tan adorables como tú.

ANA

—Eres cándido, niño mío....porque eres bueno.

SALVADOR

—Eso no. Soy justo apenas. Te debo a tí todo cuanto soy, cuanto valgo y cuanto espero, y ¿habría de resignarme a cosechar sólo para mí lo que tú sembraste con tu abnegación sin límites, con tu cariño sin medida, con tu fe ciega en mi porvenir que es la fuerza que me impulsa? Compartiste conmigo el hambre, la miseria de los primeros días de lucha, fuiste el amparo contra mi misma debilidad en los horribles desalientos de aquellos meses negros. Y ahora que he logrado imponerme, que mis cuadros comienzan a ser bien pagados ¿a qué puedo aspirar sino a que tú seas dichosa? No tengo cómo pagarte todo lo que te debo.

ANA

—Sí, sí. Hay un modo.

SALVADOR

—¿Cuál?

ANA

—Tu cariño, mucho cariño, muchísimo cariño.

SALVADOR

—¡Qué buena eres!

ANA

—Además, el día que yo te vea completamente feliz, no le pediré más a la vida. Para qué?

SALVADOR

—Ven acá, hada buena, hada madrina.

Ana viene a sentarse en sus rodillas. Se queda mirando el cuadro que está en el caballete.

ANA

—No me gusta ese cuadro.

SALVADOR

—Eres tonta. ¿Por qué? ¿Qué defecto le encuentras?

ANA

—No, defectos, no. Es que me da miedo la desolación que hay en el rostro de esa mujer; la tristeza tan grande que revela su actitud me sobrecoge. No me gusta. Me parece que he de ser yo quien se vaya así.

SALVADOR

¡Quién piensa esas cosas, muchacha! ¿Es que has imaginado que pudieras abandonarme alguna vez? ¡Y aunque así fuera: ni tu sombra ni

yo nos quedaríamos aquí!

ANA

—No sé, cuando miro hacia adelante, siento un temor........

SALVADOR.

—Que lo sientas cuando miras hacia atrás, está bien. Allá quedaron nuestras angustias, nuestras vacilaciones. Pero en lo que nos falta de recorrer en esta senda de la existencia, ya comienzan los cielos sonrientes. Ahora es cuando va a amanecer para nosotros.

ANA

—Ojalá sea así. Ojalá. Atrás no me gusta mirar. Nuestra única pena grande.....

SALVADOR

—Es verdad. No hablemos de ello.

ANA

—Nunca podré resignarme. Eran tus mismos ojos, tu misma frente....

SALVADOR

—Acaso haya sido mejor para él. ¡Quién sabe si más tarde él mismo nos hubiera reprochado la vida que le dimos!

ANA

—Tienes razón. *(Una pausa).* ¿A qué habrá venido Miguel?

SALVADOR

—Ya lo sabremos si vuelve. Y mientras tanto, ¿qué nos importan todos los Migueles del mundo? Hoy estoy contento. Tengo la seguridad de vender muy bien el cuadro del jardín. Saldremos de aquí. Iremos quince días a la montaña. Tengo ansia de vida salvaje. ¿Qué te parece?

ANA

—Sí, sí. Yo también quisiera pasarme unos días fuera de la ciudad, sola contigo, donde no me disputen tu cariño la Exposición, ni los discípulos de la Academia, ni nadie.

SALVADOR

—Pues ya puedes ir haciendo los preparativos. ¿Necesitas comprar alguna cosa? ¿Calzado? ¿Un vestido? Antes del fin de la semana habré vendido el cuadro. No lo dudes.

ANA

—Vestido no. Acabo de hacer uno muy bonito con la tela que me trajiste el sábado. ¿Quieres verlo?

SALVADOR

—Vamos, vamos a mirarlo.

Inician mutis lateral ambos. Suena el timbre.

ANA

—Debe ser Miguel. No sé qué presentimiento tengo. Voy a abrir.

SALVADOR

—Espera. Iré yo.

Se adelanta a abrir. Ana lo sigue hasta el centro de la escena. Aparece Miguel con el sombrero puesto.

MIGUEL

—Salvador.

SALVADOR

—¡Miguel!

MIGUEL

—Tengo que hablarte.

SALVADOR

—Sigue.

MIGUEL

—Pero ha de ser a solas.

Una pausa embarazosa. Ana inicia mutis lateral, pero ya casi al salir Salvador la detiene diciendo :

SALVADOR

No te vayas. Espera.

MIGUEL

—Te he dicho que quiero hablarte a solas.

SALVADOR

—Pero Ana no puede salir de aquí mientras tú no te hayas quitado el sombrero. En su propia casa me harás el favor de respetarla. *(Miguel vacila un momento y se descubre).* Ahora sí puedes irte, muchas gracias.

Mutis de Ana. Miguel se coloca de nuevo el sombrero.

SALVADOR

—¿Y bien?....

MIGUEL

—Comprenderás que el motivo que me trae aquí es de importancia.

SALVADOR

—No veo por qué debo comprenderlo así.

MIGUEL

—Porque de otra manera no habría venido yo a casa de esa mujer.

SALVADOR

—Aquí se la llama la señora.

MIGUEL

—Bueno: el hábito no hace al monje. En fin: no discutamos detalles.

SALVADOR

—No deseo otra cosa.

MIGUEL

¿Hasta cuándo vas a vivir así con esa........señora?

SALVADOR

—Al hablarme de ella, hazlo en otro tono. Ana es una mujer honrada, y por lo tanto merece respeto.

MIGUEL

—¡Honrada!

SALVADOR

—Qué! ¿De manera que una mujer que no quiere más que a un hombre, fiel abnegada, inteligente, buena como es ella, no se ha de llamar honrada? ¿Qué llamas tú honradas? ¿Esas mujeres de tu mundo que cambian de amante como de vestido, que van casi desnu-

das a los templos, y que esquivan tener hijos para que no se les deforme el talle?

MIGUEL

—No quiero discusiones contigo. El mundo es como es y no serás tú quien lo cambie.

SALVADOR

—Yo no tengo cuentas ningunas con el mundo. Fue él quien arrojó a Ana en mis brazos; fue la calumnia soez que pasó por sobre toda una vida de resignación y de virtud de mujer abandonada, pisoteando sin misericordia su alma: fue la ruindad de su hermano que la lanzó a la calle; fueron la miseria y el hambre, y la injusticia! ¡la vida, en fin, la vida! ¿Entiendes? ¿Hago mal en vivir con ella como vivo? ¿Debo volver al lado de mi mujer? ¿Pero te imaginas por un momento que yo pueda abandonar a Ana a su suerte después de que ella sacrificó por mí todo, todo, hasta eso que tú llamas la honra? Me confundes, Miguel. Me confundes con ciertos canallas que gastan en juego y en orgías el dinero con que deberían sostener los hospicios.

MIGUEL

—No culpes a nadie de una falta que has cometido por tu propia voluntad. Nadie más que tú es responsable de que Ana viva contigo.

SALVADOR

—Yo tampoco soy culpable. La culpa es de todos, porque no sabemos educar a la mujer: no la hemos preparado para ser nuestra compañera sino nuestra cruz; no sabe remontarse con nosotros, no puede entender nuestra quimera, ¡no tiene educado el corazón! La fatalidad, mi destino, como tu quieras llamar esa fuerza oculta que nos gobierna, puso frente a mí una de esas mujeres de alma abierta a toda noble idea y a toda ambición noble! ¡Una mujer, una verdadera mujer! La encontré, además, herida y sangrando porque los hombres no tuvieron para ella una mirada de compasión, un gesto de indulgencia, una voz de piedad. ¿Qué mucho, pues, que cada uno buscara en el otro, ella un amparo contra la tempestad que la envolvía y yo una luz para mi noche interior?

MIGUEL

—¿Quieres que hablemos ahora con calma? ¿Quieres oírme?

SALVADOR

—Dí.

MIGUEL

—Pues bien: ¿no crees que tu conducta escandalosa no puede seguir así? Nos está perjudicando a todos.

SALVADOR

—Lo siento mucho. Créeme que lo siento.

MIGUEL

—Hasta aquí la habíamos soportado como una simple manifestación de enfermedad....enfermedad del juicio. Pero las circunstancias han cambiado.

SALVADOR

—No veo la razón.

MIGUEL

—No es fácil de explicar. Indirectamente tu modo de vivir comienza a perjudicarnos.

SALVADOR

—¡Ah, ya comprendo! Mientras pensaste que fui yo solo el perjudicado no tuvo importancia.

Pero como ahora comienzas a sentirlo tú........ ¿Eres realmente tú quien lo siente? ¿No será más bien tu bolsillo?

MIGUEL

—Te advierto que he venido aquí en tono conciliador. ¿Podrías tú recibirme de la misma manera?

SALVADOR

—No tengo inconveniente. Siéntate. Que te sientes, te digo: con toda confianza, ¿no es ésta la casa de tu hermano?

Miguel se sienta. Pausa.

MIGUEL

—Bien, Salvador: el nuevo Ministro de Relaciones Exteriores es amigo mío.

SALVADOR

—Siempre sucede lo mismo.

MIGUEL

—Hemos conversado largamente de tu caso....

SALVADOR

—¿Con el Ministro?

MIGUEL

—No. En familia.

SALVADOR

—Muy agradecido.

MIGUEL

—Y....puesto que no hay más remedio, nos resignaríamos a que sigas cultivando la pintura.

SALVADOR

—Hombre: muchas gracias. Celebro ver que ya no dices «Monigotes», sino «pintura».

MIGUEL

—Es lo mismo; algun nombre ha de dársele a tu manía.

SALVADOR

—También en eso progresamos: antes la llamabas locura.

MIGUEL

—O locura, si te parece. Pero vamos al grano. No me gusta perder tiempo.

SALVADOR

—Ya puedes hacerlo.

MIGUEL

—Hemos pensado que ahora, pasado ya el primer entusiasmo, mirarás las cosas más razonablemente, más como son en realidad. Esta

vida tuya con Ana, así tan....bueno....no hace falta el adjetivo. Quiero decir que espero encontrarte mejor dispuesto.

SALVADOR

—Según a lo que sea.

MIGUEL

—Un viaje....puesto que tienes una afición imposible de matar....los Museos.... Yo creo que eso sí te llamaría la atención.

SALVADOR

—No he pensado en ello.

MIGUEL

—Hoy es muy fácil.

SALVADOR

—Para mí, no.

Ana vuelve y al ver que Miguel no se ha ido aún, se detiene contrariada.

MIGUEL

—Es que se presenta una buena oportunidad. No sería difícil obtener una plaza....modesta, sí, pero suficiente en alguna legación. La de Italia, por ejemplo.

SALVADOR

—¡Italia!

MIGUEL

—El Ministro no lo ve con malos ojos.

SALVADOR

—¿Luego tú le has hablado de esto?

MIGUEL

—Y me ha ofrecido complacerme. Tan sólo impone una condición.

SALVADOR

—Sepamos cual.

MIGUEL

—En un puesto diplomático, tú comprendes....

SALVADOR

—No sigas. Entiendo.

MIGUEL

—Reconocerás que es un obstáculo....

SALVADOR

—Que yo no quiero eliminar....

MIGUEL

—Que debes eliminar. Considera las cosas fríamente. En Italia puedes perfeccionarte; es un centro inmejorable para tus aficiones. Pero, desde luego, Ana sería un estorbo. Piénsalo bien: es una ocasión única para tí. Es tu

porvenir, es acaso tu gloria lo que te ofrezco. ¿No amas tanto tu arte?

SALVADOR

—Con toda el alma, con todas las fuerzas de mi vida. Te confieso que un viaje así ha sido el más hermoso de mis sueños, el más ardiente de mis anhelos. Pero a ese precio no puedo, no quiero realizarlo. Si yo no sintiera amor por Ana, si no la admirara como la admiro, todavía, todavía me habría de sostener a su lado la inmensa gratitud que le profeso.

MIGUEL

—Piénsalo, piénsalo mejor. Ana, lo reconozco, no es una mujer vulgar. Pero más tarde puede convertirse para tí en una carga, una carga que tienes que llevar a escondidas. Sería una ocasión para libertarte; ella no lo puede objetar. Tu gratitud no te obliga a sacrificarte totalmente. Hay otros medios de arreglarlo....yo mismo te ayudaré; en eso puedes contar con lo que necesites. No puede ser que te estrelles con ese....ese.... ¿Cómo llamarlo?

ANA

—Escollo. ¿Es esa la palabra que usted buscaba?

MIGUEL

—¿Me oyó usted? Tanto mejor. Así ahorraremos conversaciones. *(Se quita el sombrero. En la puerta se vuelve a ellos.* Piénsalo, Salvador. *Sale y cierra.*

Salvador permanece pensativo un instante. Ana viene a acariciarlo.

ANA

—Miguel tiene razón. Es tu porvenir el que está en juego. Tu gloria talvez.

SALVADOR

—*(Enojado).* ¿Qué me estás diciendo? ¿Cómo puedes imaginar por un momento que yo....? ¿Pero no sabes cuanto te quiero? ¿Has perdido el juicio?

ANA

—Cálmate, niñó mío, cálmate. Déjame hablar. Es posible que Miguel esté en lo cierto. Nada se pierde con oír. Tú tienes talento, mucho más del que imaginas. Serás algún día un gran pintor.

SALVADOR

—¿Quieres callar?

ANA

—No. No quiero. Déjame decirte lo que pienso. Este medio es demasiado limitado para tí. Allá tienes horizontes, tienes facilidades, tienes........

SALVADOR

—¡Ana, tú no sabes lo que dices! ¿Ignoras que me imponen la condición de abandonarte? ¿Es que no me quieres?

ANA

—Cuando una mujer quiere de verdad, lo que se llama de verdad, debe saber sacrificarlo todo por su hombre. ¡Todo, todo, hasta su mismo amor si es preciso!

SALVADOR

—¡No digas tonterías!

ANA

—Digo lo que siento. Desde que te conozco, me subyugó tu talento, en el cual creo con todas mis fuerzas como sólo una mujer es capaz de creer. De niña fui siempre tu amiga; de muchacha te admiré desde lejos, con vehemencia, con entusiasmo, casi con devoción. Y de mujer, cuando vi tu hermoso espíritu a punto de nau-

fragar en las contrariedades de tu casa, cuando vi que en un arranque noble te arrancabas esa costra de realidades que te entumecía las alas para volar libre, sólo y grande por el horizonte maravilloso de tus sueños, comprendí que mi deber de mujer inútil y abandonada, era apartar de tu cielo las redes que pudieran retenerte. Y me di a tí toda, en cuerpo y alma, porque a tu lado podía empujarte suavemente sin que tú lo sintieras, contra tus angustias, contra tus desmayos, con mi cariño y con mi fe. ¿Qué mucho es, pues, que ahora, cuando veo abrirse la puerta de la quimera que soñé para tí, me haga a un lado para que tú puedas pasar por ella?

SALVADOR

—¡Ana, Ana mía!

ANA

—Tuya, sí, dices bien. Tuya cerca o lejos, ¡como sea necesario para que venzas!: muerta o viva, ¡como sea preciso para verte en el altar que te he levantado en mi corazón! Cuando había que luchar contra el mundo, contra la miseria, contra el fastidio que iba taladran-

do tu vida, estuve a tu lado para secar tus lágrimas con mis besos y para darte calor con toda la fiebre de mi carne. Pero ahora que es preciso luchar contra tí mismo, ahora que ya no te sirvo de peldaño sino de escollo para el triunfo, para ese triunfo que ha sido lo único que creo tener derecho a exigir a Dios en pago de esta existencia que me impuso, también estoy resuelta, más que nunca, a defenderlo con todas mis fuerzas, con mi vida, ¡óyelo bien! con mi vida, contra tí y contra todos.

Corre a la derecha, descuelga precipitadamente abrigo y sombrero. Se arranca el delantal, que tira lejos, y trata de huir. Pero Salvador la detiene lastimándola casi, exaltado, decidido también.

SALVADOR

—¡Ana, Ana! ¿Qué vas a hacer? Te has vuelto loca?

ANA.

—*(Luchando con todas sus fuerzas por desasirse).* ¡Suelta! ¡Suéltame! Déjame quitar el escollo........el escollo! *(Logra zafarse y retrocede. Todo esto rápido).* ¡Anda, triunfa!

TELON

JUICIOS CRITICOS DE LA PRENSA BOGOTANA

EL ESCOLLO fue un triunfo para Samper Ortega.

——

La representación de esa obra anoche en el Colón, produjo vivo entusiasmo en el público que concurrió.

——

UN AUTOR CONSAGRADO

——

Samper Ortega salió trece veces al palco escénico después de la conclusión de la bellísima comedia.

——

EL ESCOLLO, la bellísima comedia que estrenó anoche en el Teatro de Colón la Compañía de Ricardo Calvo, y de la cual es autor Daniel Samper Ortega, ha constituído uno de los triunfos teatrales más ruidosos y rotundos de que se tenga noticia en Colombia.

Samper Ortega, que ya había triunfado como novelista con «La Marquesa de Alfandoque» y «En el Cerezal», nos demostró anoche que puede entrar como amo y señor en los campos del teatro; que las dificultades no le arredran, que la técnica más difícil se le doblega, que tiene, por su talento, cualidades de maestro consumado en la primera de sus obras teatrales que conoce el público.

Son tres personajes: Salvador, el artista; Miguel, el burgués; Ana, la mujer. Con esos tres personajes, venciendo dificultades que serían insuperables para muchos maestros, Samper Ortega nos presenta tres actos de emoción, de interés palpitante, de diáfana soltura. Salvador, (que desempeñó con sobria maestría Calvo) es el artista ambicioso y tenaz, el espíritu indomable, el hombre que, desadaptado, todo lo sacrifica a su ideal y a su bondad; Miguel, el burgués temeroso del escándalo, que va por la vida amarrado a los grilletes de la sed del oro y de los prejuicios sociales, muchas veces ridículos; el tipo que hemos convenido en llamar «normal» y que a cada paso encon tramos en las calles, lógico dentro de su ca-

rácter y sus ideas, y del cual nos dió una interpretación formidable Soriano Viosca; Ana, es un delicioso tipo de mujer, «muy mujer»; es la víctima de prejuicios y de leyes centenarios; la víctima que, cuando llega el momento del sacrificio, está dispuesta a destrozar su felicidad por el bien del amado. Ella misma remueve «El Escollo». Probablemente el público de Bogotá no había visto a la señora Asquerino en una obra que le cuadrara tan bien, que quedara de manera tan exacta dentro de sus cualidades escénicas. La primera actriz de la compañía de Ricardo Calvo es una maravillosa artista de comedia.

Los personajes de Samper Ortega no son muñecos que se mueven en la escena obedeciendo a los hilillos de una mano oculta, como los fantoches de las ferias. Son hombres y mujeres de carne y hueso que sufren, gozan, luchan, viven, en una palabra, en las tablas. Cada uno de ellos va surgiendo en la obra con detalles propios e inconfundibles. Si algo hay que admirar en EL ESCOLLO, después de la maestría escénica del autor y de la soltura del diálogo, es la maravillosa descripción psicológica de los

personajes. El espectador, cuando cae la cortina por última vez, ha presenciado un drama íntimo y está familiarizado completamente, como si los conociera de muchos años, con los hombres y mujeres que en él intervienen.

El Escollo es una obra audaz. El autor ataca usos y costumbres con energía, empleando únicamente los dardos de la verdad. Los dramaturgos tienen en la vida bogotana amplio campo para sus obras y para sus críticas. Samper Ortega probablemente ha sacado mucho de su obra de la vida real, sin desempeñar papel servil de copista, sino interpretando, tal como deben interpretarlo los verdaderos creadores de arte, el consejo de Eça de Queiroz: «Sobre las líneas fuertes de la verdad el diáfano manto de la fantasía».

El primer acto, en cuanto a soltura y emoción, es inferior a los otros dos. Acaso Samper Ortega pueda corregir su exposición dándole un poco más de movimiento, con lo que ganaría enormemente la obra. Si el segundo es de un efecto escénico que domina el auditorio, el tercero es digno de la pluma de un maestro. Queda solucionado el problema intrincado con

una naturalidad y una suavidad tales, con un golpe tan impensado, con una limpieza tan grande, que el público se conmueve y se convence.

Bello, muy bello fue el triunfo de Daniel Samper anoche. Al final del segundo acto el telón se levantó media docena de veces. Cuando la cortina cayó por última vez, el público, puesto de pies, comenzó a ovacionarlo infatigablemente. Trece o más veces tuvo que salir Samper Ortega a corresponder a los aplausos del público. Y éste, loco de entusiasmo, ovacionó también largamente a los tres admirables intérpretes de la obra.

No ponemos, siguiendo nuestra ridícula costumbre crítica, términos de comparación. Aseguramos, eso sí, que en su género la obra de Samper Ortega es una de las mejores que se han producido en Colombia; que se representará muchas veces; que despertará mucho juicio apasionado y mucha censura injusta; que consagrará a su autor y que se dará en todos los teatros de Colombia.

Mundo al Día.

EL ESCOLLO de Daniel Samper Ortega

———

Cuando hace algunos años leí el primer manuscrito de «En el Cerezal» no imaginé que caminando por sobre la cama de hojas secas, a la sombra de aquellos árboles de corteza arrugada y formas caprichosas pudiera llegarse algún día a producir EL ESCOLLO.

En esa evocación de infancia, con reminicencias campesinas y hogareñas, escrita con más cuidado del idioma que empeño psicológico, presagiábase, así me pareció, un sucesor de los «Mosaicos», un costumbrista regocijado que echaba de menos el chocolate con canela, la aloja, el ariquipe batido en la casa, y que hubiera querido vivir y morir al abrigo de la capa del tío Pepe, del tío Ricardo, del tío Manuel. Nada más, nada menos.

Andando el tiempo vino la «Marquesa de Alfandoque» que si confirmaba la tendencia alu-

dida hacia el cuadro local de costumbres, mostraba ya notable dosis de observación. Abandonaba Samper el paisaje para irse a fondo sobre la figura humana. La vocación le había cogido ya para no volver a soltarle; hurtando horas a sus labores cotidianas buscó maestros que llenaran los vacíos que había dejado su instrucción dislocada de seminarista indevoto, de cadete revoltoso; compró libros, preguntó, estudió, rompió borradores, rehizo cien veces un proyecto, pulió y repulió un escrito, porque la ardiente vocación no estuvo servida en un principio ni por una inteligencia ágil, ni por estudios anteriores ordenados y serios.Felizmente no pensó él que para hacerse autor basta con tener buena amistad con un periodista, usar sombrero alón, algo de mugre y buscar singularidades que dén derecho a la originalidad tales como negar rotundamente alguna verdad reconocida por muchos, insultar a cualquier persona respetada por todos, o simplemente tomar o aparentar que se toma una bebida rara, o morder de cierta manera una pipa estrafalaria. Triunfó la dura voluntad de su raza aragonesa, a su golpe incesante despertó la inteligencia, el pul-

so firme que le había hecho premio de tiro en la Escuela Militar, se hizo firme, también por una disciplina bien encaminada, para manejar la pluma, la pluma que los de su casa habían solido usar en escritos políticos o económicos, correctos, macizos, mesurados, pero fríos. La pasión sólo se exteriorizó en don José María autor de temas muy diversos.

Quiero decir con todo esto, para ejemplo de muchos que viven prendiendo velas a su señora la improvisación, que el triunfo obtenido por Daniel Samper con el estreno de su alta comedia EL ESCOLLO por la compañía de Ricardo Calvo ha sido conquistado pulgada a pulgada sobre sí mismo primero, sobre las circunstancias del diario vivir que nos hacen esclavos del pan, sobre el medio ambiente de nuestra ciudad ligera, frívola, tan tarda para el estímulo alentador como pronta a la burla que paraliza el esfuerzo en un perenne temor al ridículo.

Suele el público grueso juzgar la moral de una obra de teatro según que el tema desarrollado sea lo que llamamos fuerte, es decir, que salga a las tablas un pedazo de vida real dimanado de situaciones en que las pasiones o

lo que sea, han invadido el campo de la moral, llegando un momento en que se plantea el problema, surge el caso de conciencia, se presenta el dilema fatal, inevitable, aún más, inexorable. Es entonces cuando muchos irreflexivamente dicen: inmoral. De acuerdo con semejante criterio sólo podría aceptarse el teatro de sesión solemne escolar, en que la virtud es premiada en el último acto en forma visible, palpable, inequívoca, y antes de caer el telón el diablo carga con los delincuentes ejerciendo por tanto un papel de elemento de primer orden en la tarea sancionadora, algo como un excelente alguacil de la Providencia, lo que, francamente, si nos parece hasta cierto punto inofensivo, y en todo caso pasable para que rían los chiquillos de las contorciones y payasadas de Lucifer, y rían los papás de ver reír a sus niños, no vemos cómo, ampliado al teatro grande pueda venir a servir al saneamiento moral efectivo de la sociedad; ni puede llegarse por camino tan rudimentario y grotesco a penetrar el hondo de las cuestiones humanas, a poner sobre la mesa de disección los males que aquejan las almas de los hombres, y el teatro, como lo entende-

mos hoy, no es un mero pasatiempo, bueno solamente para fusilar horas; es, entre otras cosas, un anfiteatro, un laboratorio, en donde se aplican a las almas piadosamente, el escalpelo, los rayos X, con fines humanitarios, para poder llegar por allí a poner sobre las llagas sociales el cauterio doloroso pero necesario del radium.

A las gentes modernas hay que presentarles las cosas modernamente para que las acepten, las pasen y les sirvan. Hasta en las cosas eternamente verdaderas ha habido que adoptar una táctica nueva. «Cada generación, dice Giovanni Papini en su introducción a la Historia de Cristo, tiene sus preocupaciones, sus pensamientos, sus locuras. Es preciso traducir nuevamente, para auxilio de los extraviados, el antiguo Evangelio. Para que Cristo esté vivo, presente siempre en la vida de los hombres, es necesario de tiempo en tiempo, resucitarlo; no para teñirlo con los colores del siglo, sino para presentar con palabras nuevas, inteligibles a los tiempos actuales, su eterna verdad, su inmutable historia». Algo así equiparable a lo que

León XIII llamó «pesar con fiel balanza la naturaleza de los tiempos, considerando todas las circunstancias».

Así también es el teatro un campo de combate en donde además de pelearse por altas cuestiones espirituales, se defiende el buen gusto, el arte puro contra la invasión del cine corruptor y del pequeño teatro pornográfico.

Un condiscípulo mío respetable, ricachón, y tan considerado en su parroquia que entre jueves santo y domingo de pascua se le confía la llave del sagrario, me preguntaba al día siguiente del estreno, por la pieza de Samper, y como le diera mi opinión, me respondió: «Yo no fui porque me dijeron que era inmoral; tomé palco en el Municipal para ver a Isabelita». En esta pequeña frase insignificante en apariencia está condensado medio Bogotá; es el compendio de nuestra *moral*, es la traducción a la práctica de aquella máxima que informa la existencia de tántos buenos compañeros de mi respetable amigo: *el que peca y reza empata.*

El Escollo no es inmoral, querido y buen señor; El Escollo es una pieza de tema amargo tomado de la amarga realidad, escrito con

cariño de artista, interpretado por la compañía de Calvo con amor, con intensidad y comprensión completa, oído con respeto que fue creciendo momento por momento hasta imponer una tensión de nervios apreciable exteriormente y un silencio que podríamos llamar visible en un público y selecto. Qué bien interior hubiera producido a usted y a su comparsa oír y sentir aquello en vez de ir a excitarse senilmente con las desnudeces coreográficas del Municipal.

Confronta EL ESCOLLO a juicio nuéstro dos problemas sociales, que en el fondo quizá no son sino dos partes de una misma cuestión: la educación de la mujer y la libertad para casarse. Esta libertad que la Iglesia proclama como la esencia misma del matrimonio, y que es la fuente de donde se desprende lógicamente la indisolubilidad del lazo conyugal, es violentada y burlada constantemente por la sociedad que ejerce directa o indirectamente presión sobre las gentes que buscan en el matrimonio la satisfacción tranquila y duradera del amor que quiere prolongarse hasta más allá de la tumba en la creación de la familia.

Y es curioso observar cómo a medida que la Iglesia mantiene más firmemente el matrimonio en su carácter sagrado de sacramento y defiende por tanto su indisolubilidad, la sociedad, con una pasmosa falta de instinto, se empeña más y más en convertirlo en un simple contrato, y así la libertad de los contrayentes, disminuye naturalmente en importancia, ya que el amor sale de juego, y toman diversos intereses, más o menos pasajeros y perecederos, puesto en el plano principal. El contrato no requiere amor sino conveniencias; el paso del tiempo varía las circunstancias. Entonces ¿por qué no resolverlo como cualquier otro contrato?

Este es un viejo pleito que tiene casado la humanidad con la moral desde mucho antes de la venida de Cristo. ¿No fue víctima el bueno de Jacob de la ambición interesada de ese viejo rico y codicioso de Labam, y no llevó este bellaco vendada al altar a su hija Lía sabiendo que era a Raquel a la que amaba el mancebo?

Vendada.... vendada condujeron, guiados por los mismos intereses, al matrimonio a Ana, la protagonista de EL ESCOLLO, sus padres; ven-

dados por prejuicios sociales más espesos que el velo que tapa la cara de las orientales, siguen marchando nuestras jóvenes hacia la complicada y grave vida conyugal.

Y cuando la venda cae en pleno naufragio —naufragio de ilusiones y de bellos sueños—la sociedad que no las ha prevenido de nada, les exige todo. Es entonces cuando se presenta desnudo, solitario, con toda la sequedad de un hecho el caso denunciado por el autor de EL ESCOLLO con habilidad y talento de artista, con valor de hombre.

La sociedad ha rodeado a Ana y a Salvador, a cada uno por su lado, de trampas que les han inducido al matrimonio sin amor. Para ello la sociedad ha hecho intervenir una serie de factores extraños al amor; el dinero en primer término, y cuando las víctimas quedan abandonadas a sí mismas, la sociedad, autora del crimen, entra a sancionarlos con vara de hierro, e interpone para condenarlos la misma razón que ha tenido para perderlos: la razón del dinero. De ese mismo dinero que sirve a otros que han caído más hondo para hacerse perdonar.

«Ana—¿Qué llamas tú honradas? Esas mujeres de tu mundo que van casi desnudas a los templos, que cambian de amante como de vestido y que esquivan tener hijos para que no se les deforme el talle?

Salvador a Miguel—Me confundes, Miguel: me confundes con esos canallas bien vestidos que se nombran caballeros y que gastan en orgías y en el juego el dinero con que deberían sostener los hospicios».

Estas dos frases que restallaron como dos latigazos en el rostro pintarrejeado de una sociedad que se empeña en podrirse sin haber madurado, son a mi entender la clave y la esencia de la obra de Daniel Samper, obra valiente, obra necesaria, obra moralizadora, que tuvo la más feliz interpretación por Ricardo Calvo, Matilde Asquerino y Soriano Viosca, en la noche del martes 28 de julio de 1925 en el Teatro de Colón, solitario siempre que allí toca su cuerno el arte alto y noble, que ojalá logre triunfar algún día aquí de las pantomimas sicalípticas y de las películas americanas.

Cromos.

Tomás Rueda Vargas

"EL ESCOLLO"

Para quienes por una u otra causa vamos por la vida como dijo el gran sacerdote de nuestra poesía «con el azul cuaderno bajo el ala», ensayando traducir, sin lograrlo, ese universo de sensaciones que a diario acumulan las cosas—naturaleza y alma—en nosotros; para quienes amamos la belleza, amiga preclara de lo bueno; para quienes tenemos fe en las cualidades eximias de la raza; y para los que queremos ver constelada de brillantes producciones de arte la historia de nuestro país, el triunfo de Samper Ortega con la representación de su obra EL ESCOLLO nos llena de regocijo y orgullo.

Ha sido un milagro, maravilloso como todos, que los señores de la pluma hayan hecho mérito de la obra de Samper. La envidia ha sufrido un eclipse. Y es para felicitarnos. A los oí-

dos del joven dramaturgo y literato habrá llegado el aplauso como un pronóstico de mejores tiempos para el teatro nacional. Al medio hostil y a la crítica proclive, han sucedido un ambiente propicio y exégesis justiciera y estimuladora. Bienhaya el autor de EL ESCOLLO que ha hecho sonreír a los dioses.

Dos grandes condiciones tiene la pieza de Samper: arte, arte fino, sutil, espiritual, ténue como aroma de flores, ligero y movible como vuelo de golondrinas; e ideas. Si al decir de algunos de quienes han opinado sobre la producción de Samper, el valor de EL ESCOLLO se funda en que es arte y nada más que arte, la obra, en verdad, poco valdría. Sería tan sólo armoniosa combinación de palabras, castillo multicolor de luces. Precisamente lo que le presta a EL ESCOLLO vigor y sugestivo encanto es que Samper supo desarrollar en él, en diálogos palpitantes de interés, unas cuantas ideas, ya de crítica social, ya de orden moral, que son las que le dan objeto y fin a la producción.

La literatura de ideas es la flor del gran movimiento intelectual del siglo XIX de que

son ilustres genitores, en Europa, Renán, Saint Beuve, Víctor Hugo y otros que en Hispanoamérica iniciaron Rodó, García Calderón y Carlos Arturo Torres. Benavente es un innimitable semillero de ideas vestidas con pompa literaria. La literatura sin ideas equivaldría a convertir el arte supremo de expresarlas en labor de paisajista, a trocar la pluma en pincel.

Ahora, que el dramaturgo no ponga sus personajes a pronunciar teorías, a exponer filosofismos, ni a redondear silogismos, sino que haga que las ideas surjan espontáneamente de las situaciones creadas, es habilidad técnica, sensibilidad artística, gusto aristocrático. Aun en la muda belleza de los genios del cincel, alcanza a advertirse la diferencia: las líneas eternas de la Venus de Milo, no rumoran al espíritu lo que el Moisés de Miguel Angel.

Qué ideas profundas presenta Samper en su ESCOLLO? Varias y todas de alcance social, no socialista, sobre las cuales el pensamiento científico se halla empeñado en rudo combate: la lucha entre el predominio de la burguesía sobre el intelectualismo; el antiguo conflicto, que tiene partida en dos la sociedad humana, sobre

la indisolubilidad del lazo matrimonial y si se quiere en el orden moral, la educación apropiada de la mujer, a propósito de aquilatarle sus facultades de comprensión.

Eso es EL ESCOLLO. En torno a estas tres grandes ideas se urde la trama, sencillamente, sin gestos trágicos, ni golpes efectistas, suavemente, dejando inefable ternura dentro del alma y un soplo de dolor que canta en el corazón como la encina solitaria del poema de Heine.

Cuán hermoso es poder hablar con sinceridad de la victoria de un compatriota y cuán satisfactorio que el teatro nacional siga su trayectoria ascendente rompiendo la atmósfera de pesimismo y deliberada hostilidad que le han querido formar quienes ignoran la existencia de la musa de la tragedia.

El Gráfico

Ramón Rosales

El estreno de anoche en el Colón

Con un público selecto, en el cual alternaban la intelectualidad y el gran mundo social de Bogotá, subió anoche a la escena del Colón la alta comedia de Daniel Samper Ortega titulada EL ESCOLLO.

Nuestro teatro—y hay que confesarlo sin que ello sea una ofensa a la modestia regional—va tomando desde hace mucho tiempo el carácter de un hecho cumplido. Alvarez Lleras, Miguel Santiago Valencia, Ramón Rosales, Martínez Rivas, Rafael Burgos y Germán Reyes, para citar algunos, nos han dado la primicia de su ingenio en forma suficiente para poder hablar del teatro nacional.

La aparición de Samper Ortega en este género difícil de la literatura, ha sido una revelación, un triunfo.

Desarrollar un cuadro de vida bogotana, con todos los detalles que se pueden presentar en

la página de humanidad que significa EL ESCOLLO, con tres personajes solamente, sin que se note la carencia de otros, es un esfuerzo superior que requiere un profundo conocimiento de la técnica teatral y que habla por sí solo de la manera como están combinadas las escenas para que la obra produzca sus efectos.

Ideas, vocablos, claridad y armonía, oportunidad y concisión, hé ahí lo que el joven autor quiso forjar en el bello crisol de crítica social —implacable y severa pero justa—contra los prejuicios, contra las apariencias, contra los convencionalismos que hacen de las sociedades una farsa y de la honra una mentira.

Para escribir en esta forma se necesita ser psicólogo: conocer ampliamente el corazón humano, saber distinguir lo fingido y lo real, la espiritualidad y la materia. Y esto es lo que Samper Ortega ha hecho.

Al éxito alcanzado por Samper Ortega se une el de la compañía de don Ricardo Calvo. El mismo, la señora Asquerino y el señor Soriano Viosca hicieron de la obra una verdadera creación.

El Diario Nacional.

Rafelios

"EL ESCOLLO"

Las dos representaciones de esta alta comedia del conocido intelectual señor Daniel Samper Ortega, a las cuales concurrió un público numeroso y selecto, fueron un éxito ruidoso y una confirmación de que el teatro nacional, no es apenas una esperanza, sino una auténtica realidad consoladora.

EL ESCOLLO, considerado técnicamente, es el mayor esfuerzo que se haya realizado entre nosotros: tres personajes solamente a lo largo de tres actos, sin que decaiga un solo instante el interés del espectador, es algo sorprendente y que da la medida de la altura a que Samper Ortega puede llegar en este nuevo ramo de sus aficiones intelectuales.

EL ESCOLLO, además, es una obra bien escrita, ideada con talento y observacióñ, y calca-

da de la vida misma. Encierra una saludable crítica social, una enseñanza y un ejemplo de fines altamente benéficos.

La Opinión

El estreno de anoche en el Colón

Con sincera complacencia, más aún, con fervoroso entusiasmo, debemos anticipar nuestra modesta opinión sobre la obra estrenada anoche en el Teatro de Colón. Fue para unos, los que no conocíamos las intimidades del talento de Daniel Samper Ortega, sus aspectos multiformes, que lo llevan del cuento a la novela, y de la novela al teatro, con agilidad intelectual siempre superada, ocasión inusitada de regocijo y de patriótica satisfacción. ¿Por qué no decirlo? Vinculámos en estas felices ocurrencias, cuando se estrena una obra de teatro nacional, o aparece una novela del mismo linaje, un caudal de entusiasmo patriótico que enturbia la mi- ada de apreciación. Pero, en tratándose de arte, no debe existir patriotismo invasor que todo lo vista con galanura, ni afección o sentimiento preconcebidos o presentidos. En es ta dispo-

sición, concurrímos al teatro, y ahora, al estampar un comentario fugaz que nada significa ante el valor de autenticidad de EL ESCOLLO, irrumpe otra vez el aplauso sonoro, hermanado con todas las sinceridades.

Presenció el estreno de EL ESCOLLO selecto concurso de personas, y el hemiciclo, como los palcos y las galerías estuvieron diciendo durante el discurso de la obra el vivísimo interés que despertaba un diálogo de sentimientos, en lucha vencedora contra ideas, prejuicios e injusticias que ha demostrado el autor una vez más, son el bastardo patrimonio de las sociedades.

¿Qué va a hacer el señor Samper Ortega, con tres personajes, en tres actos, en una noche? nos preguntábamos al comenzar la representación, poseídos de aguda zozobra. Verdaderamente, se necesita una inteligencia vigorosa y disciplinada y enorme poder trascendental de emoción para conducir sin desmayo un diálogo, sin los recursos de tropas teatrales que avanzan sobre el escenario, para complicar el interés, la espectativa del espectador. Ni criados, ni gentuza secundaria. Solamente ideas y sentimientos en juego, o mejor en lucha.

¿Qué iban a hacer un hombre y una mujer, solos, en el escenario? Lo que harían en su casa, al cobijo de la realidad. O amarse, o pelearse. El tercero, o era elemento de conciliación, o coyuntura de discordia.

Así pensábamos, dando pábulo a nuestra inquietud del desarrollo de la comedia. Y vino el primer acto, suave, acaecido en discreta mansión de artista, con los esbozos de la obra. Planteó las tesis con diafanidad, sencillamente, en diálogo admirable, atento más a la vida que a la intención de infundir en el público determinadas ideas. Concluído, nuestra impresión se tradujo así: Una mujer que no es ni soltera, ni casada ni viuda. Por qué? Porque la han constreñido a casarse con un extranjero, ella, conforme a su religión católica, y el otro en consonancia con la suya, que permite el divorcio.

Divorciado el marido, ligado en nuevo vínculo con otra mujer, Ana, la primera esposa sufre una situación que por indefinida no está amparada por ley ninguna. Y la única que la rige es el amor hacia un artista, en matrimonio con una muchacha incomprensiva, frívola y mundana.

Aparecen, pues, en escena, el artista, la victimada y un hermano de aquél. Y con los tres, el autor se pasea a lo largo de los años, dando libre rienda a los impulsos de la naturaleza, hasta el día venturoso en que aparecen conviviendo, el artista y la mujer, su inspiración, su estímulo, el aliento invisible que lo anima en el ascenso triunfal. El hombre ha impuesto su arte, sus leyes e ideas. Pero al dominar la cumbre, su anhelo, que en los orígenes tuvo pergenio de mujer, y de mujer sacrificada, hase trocado en amor sin adherencias humanas, que es amor a la Belleza.

Imperfectamente hemos congregado los elementos de la comedia, cuya traducción legítima hácese imposible en breves palabras. Es necesario concurrir al teatro, y ver cómo, sin aparatosas complicaciones, se desenvuelve el curso de esta obra magnífica, que no es nacional ni extranjera, porque en ella están acoplados ideas, prejuicios y sentimientos universales.

¿Es la del señor Samper Ortega la mejor de las producciones de la literatura teatral de Colombia? preguntaban anoche algunos concurrentes.

Así nos lo parece. Mas si anduviésemos equivocados, fácil como es ceder al aguijón del entusiasmo, la crítica dirá su fallo pasada la segunda representación, que ha de realizarse esta misma noche Mientras tanto, seguimos creyendo que EL ESCOLLO no sólo merece un elogio huidizo e intrascendente, sino que es comedia digna de verse por su valor intrínseco, y que consagra definitivamente a Samper Ortega, con la certeza de un triunfo que nadie podrá negar.

El Tiempo.

Luis Buenahora

UN TRIUNFO DEL TEATRO NACIONAL

"EL ESCOLLO"

Al anuncio del estreno de la obra teatral de Samper Ortega, una sensación de incredulidad invadió nuestro ánimo. Habíamos leído todos los escritos del autor de EL ESCOLLO, sin encontrar en su literatura de hombre maduro ninguna de esas cualidades que hacen estallar el espíritu, llevándole en busca de agradables, de buenas sensaciones, dentro de las amplias perspectivas artísticas.

Y la desconfianza nuéstra fue acrecentada con la noticia de que en la obra de Samper, que iba a estrenarse, únicamente había tres muñecos en movimiento.

Pensámos: un alarde de técnica, aceptable en los dominadores de la escena? No. Se nos ocurrió mejor pensar en un rapto de audacia, un tanto desmedida.

Tres personajes únicos a lo largo de tres actos........

Semejante idea ocurrióseIe a Berstein, ocurrióseIe a otros, después de luengos tiempos de trajín con las tablas, y más que con éstas con el público.

Apesar de los fervorosos elogios que de EL ESCOLLO habíamos oído, pronunciados por exaltados amigos del autor, esperámos, sin creer, que se levantara el telón, con la convicción más bien de que se iba a confirmar nuestro prejuicio, que con la esperanza de renovarlo.

Vino EL ESCOLLO. Y con él la revelación.

———

Primero que todo, es necesario decirlo, y justo el reconocerlo. EL ESCOLLO es una obra muy bien escrita, cualidad ésta que no es precisamente la característica del llamado teatro nacional. Pureza, castidad, galanura. Y si es placentero encontrar un autor colombiano que como Samper estudió maravillosamente su obra, para despojarla y dejarla exenta de falsedades, lo es más el encontrarla bien escrita.

Existe ya entre nosotros un grueso grupo, que otros llaman pléyade, de escritores que de-

dican sus desvelos a la escena. Pero en su casi totalidad, son individuos que «escriben teatro», poquísimos, muy pocos, han escrito «para el teatro».

Esto por la razón de que nuestros comediógrafos y dramaturgos, han llegado a cultivar este género—el más difícil de la literatura – después de haber ejercitado sus aptitudes en las más diversas actividades.

Muchos de ellos han buscado en el teatro un refugio, para consolarse de fracasos de otra especie. Otros, lo están haciendo por afición, que en algunos ha tomado caracteres de verdadera aberración.

En Samper Ortega no existe ningún fracaso por respaldar; escribe porque nació para escribir. Espíritu, temperamento, educación, disciplina.

Quienes hayan leído a Samper Ortega habrán visto que este muchacho, que hubiese podido ser un buen capitalista, tiene la indeclinable vocación de escribir. Lucha, estudia, observa. Es, en nuestro medio una rara especie de auto-didáctica. Se ha formado fuera de los claustros. Esto se lo explica claramente quien haya se-

guido el proceso sucedido en Samper Ortega, como escritor, desde los tiempos de «El compadre tigre» hasta EL ESCOLLO.

De un hombre como éste, era natural esperar que su obra estuviese bien escrita.

———

Si en Samper Ortega es muy clara la noción del teatro moderno, más claro aún es su concepto sobre lo que debe ser el teatro para las gentes cultas.

Su comedia es una obra primorosa, hecha no para los corazones sino para las almas: cordial, espiritual, exenta de frases, de momentos, de situaciones equívocas o trascendentales. Toda ella está llena de una fina y agradable sutileza.

Fino, hábil, ágil. Samper Ortega habla en EL ESCOLLO de nuestra sociedad, sin esa burdeza de maneras que ya parecía fuese de usanza. Crítica amarga, deslizada delicadamente, sin frases de relumbrón. Censuras agrias, que el autor no mete, como otros, en las narices del público. Y esta era otra cualidad que no tenía el teatro colombiano: la elegancia.

———

Manejar bien tres personajes en una comedia en tres actos, no es gracia que se haga todos los días. Samper Ortega logró que su obra

no aburriese un instante, por falta de movimiento en la escena. Con admirable discreción, obliga al público a que no espere la salida de un personaje más. Y cuando los ojos de los espectadores—no la mente—tratan de fatigarse, el autor, elegantemente, encuentra la variación.

Como es natural, en el curso de la obra hay varios momentos un tanto pesados, pero es preciso reconocerlo, no hay ninguno soporífero. Lograr esto con tres únicos personajes, es lo bastante para la satisfacción del autor.

Samper Ortega se esforzó, con buen sentido, por suprimir los parlamentos históricos, tan pesados y casi inevitables en el teatro. Pretendió evitar el hacer frases de filosofía trascendental, de esas que se usan no para precisar los caracteres psicológicos de los personajes, sino para exhibir la agilidad intelectual del autor.

Samper hace frases para delinear a sus muñeros.

——

El argumento? En EL ESCOLLO no sucede nada. Dos hermanos que viven juntos. El uno, soltero, es un banquero que no tiene otro horizonte que el de su caja de caudales. El otro, casado, es un «espíritu de selección». Un artista que piensa en la gloria, desequilibrado por la gloria.

Una amiga de la infancia—Ana—es el modelo preferido del pintor. Ana fue casada con un extranjero, quien luego de deslumbrar a la muchacha con su porte y con su dinero, la abandonó, yéndose con otra mujer. Ana tiene un hermano, que arrastra el apellido por tabernas y garitos. Ana, que no es soltera, ni casada, ni viuda, pero sí víctima de habladurías, se refugia a solas con su dolor, al tiempo que siente una suave admiración por Salvador, quien, ávido de gloria, está unido a una mujer que no lo comprende ni lo tolera. Ana y Salvador que se comprenden entre sí, cuyos corazones se buscan, persiguen el momento de la confidencia. Y éste llega al final del primer acto, pero nada se dicen.

Al segundo acto ya Salvador se ha separado de su esposa. Esta, en un rapto de celos, rompe el cuadro en que Salvador había puesto todo su cariño, y para el cual sirvió de modelo Ana, la que,abandonada de todos, vapulada por todos, cultiva una agradable inclinación de su espíritu hacia el artista. Este lo comprende, se lo dicen, y Ana se queda en el estudio del pintor. La vida, que los había hecho desgraciados, llegó a

juntarlos. El final del segundo acto es de un asombroso efecto escénico. Hay un momento lleno de grandiosidad. Aquel en el cual, Ana, sin decir nada, se despoja de su sobretodo y de su sombrero para quedarse. La última frase sobra por lo que es un tanto falsa.

«Quieres una tacita de café tinto»? dice Ana al posesionarse del puesto que la vida le señala. Se hizo muy pronto dueña de la casa. Esto no es real. Afortunadamente, Samper Ortega imprime al momento una grave belleza.

En el tercer acto, Salvador, el pintor, ya ha sido acariciado por el triunfo. Está feliz, cuando llega su hermano, quien, alarmado por los decires de la sociedad, pretende sacar a Salvador del estado en que se encuentra, llevándolo a Europa. Es amigo del Ministro y con éste ha conseguido un empleo diplomático para el artista, cuyo sueño dorado es ir a Europa.

Pero para viajar, menester es que abandone a Ana. Y ante esta perspectiva, rechaza de plano la propuesta.

Ana adora a Salvador. Y por lo mismo, no quiere ser el obstáculo que encuentre su aman-

te en el camino del triunfo. Por el mismo amor que le tiene, lo sacrifica, lo quiere, pero no es el escollo. Y deja a Salvador. «Anda, véte, triunfa», le dice y se va.

A grandes rasgos, esto es lo que sucede en la alta comedia de Daniel Samper Ortega.

Una comedia que dominó al público por su belleza, su discreción, su hermosura. Una comedia en la que no hay nada desagradable, por lo mismo que en el autor domina la observación serena y sensata. Una comedia que llena de prestigio a nuestro malferido teatro nacional, y que evitará unos cuantos estrenos.

El Timepo

Paco Miró

El triunfo de EL ESCOLLO

Lo confesamos sinceramente: jamás creímos ni siquiera llegámos a sospechar que hubiera de representarse en nuestro coliseo una obra nacional que llegara a tener mayor resonancia que la de «Como los muertos» de Antonio Alvarez Lleras. Nuestro público, caprichoso, tornadizo y raro como los pavos reales, atenido a un legendario prejuicio, no acudió en masa; el personal que concurrió fue escaso selecto y puesto que se trata de una obra de «tres personajes», dos hombres y una mujer, la concurrencia llevaba casi la seguridad de que asistiría a una decapitación literaria y escénica.

Pero hé aquí que en forma imprevista e inusitada nos hallámos frente a una obra maestra, escrita con una pulcritud artística asombrosa y

concebida con tal disposición que lamentámos que el teatro no estuviera colmado ya que el diálogo se mueve con una agilidad brillante y suave como una mariposa.

Dentro de una sencillez vigorosa el argumento no decae un solo momento. Miguel y Salvador, dos hermanos, cultivan la amistad de Ana, una distinguida e interesante mujer a quien conocen desde la infancia, y que está divorciada de su marido, un extranjero con el que la casaron más por lo llamativo de su porte y el halago de su dinero que por la inclinación que ella sintiera por él; Miguel es un hombre de negocios, un profesor de energa—como decimos hoy—para quien todo lo que no produzca dinero no os digno de atención; Salvador, por el contrario, está dotado de un temperamento artístístico muy refinado, y siguiendo sus inclinaciones, se dedica al arte, lamentando haberse casado con Tulia puesto que su mujer tiene, poco más o menos, el mismo temperamento burgués y utilitario de su hermano.

Salvador se entrega a la pintura y está ejecutando el retrato de Ana. Uno y otra cambian ideas sobre los destinos de sus vidas: tan

idénticas, tan iguales; dos temperamentos paralelos que han venido a encontrarse tarde en el camino de la vida, ya que uno y otro están distanciados por la valla que les abren sus respectivos matrimonios........ Esos matrimonios que impiden a dos almas que se comprenden, que se aman y se identifican espiritualmente dentro del más absoluto decoro, cabe la más sana verdad, juntarse y vivir la vida en forma armónica dando rienda suelta a los sentimientos verdaderos, a los que todos sentimos dentro de nuestro corazón y que refrenamos dolorosamente para no dar qué hablar a la sociedad.

Y viene luégo la lengua bogotana, esta maldecida y deliciosa lengua bogotana, que de un sér cualquiera puede hacer lo que desee tan sólo con acertar a clavar su dardo en el sitio preciso........ De esta lengua tan censurada por todos, tan usada por todos, de esta lengua que, como dice Benavente, cuando le levanta una calumnia a alguna mujer.... hace tres años que es verdad. Y esa lengua, y esa situación, y esa comprensión de espíritu tan exacta, une a dos almas por sobre todo concepto o precepto social y arrostran toda clase de contingencias por

lograr una felicidad que viene luego a desvanecer la realidad de la vida. Bajo un punto de vista moral, la obra de Daniel Samper Ortega no debe contemplarse como la apología del amor libre, sino muy al contrario, como la censura natural de las leyes sociales sobre este tópico, el cual, si bien tiene en la obra de que hablamos la completa voluntad de dos almas sinceras para que perdure, viene luego a truncarse a caducar, a expirar debido a las mismas leyes y costumbres que regulan el organismo social.

Jamás pudimos pensar que Daniel Samper Ortega tuviera tánta audacia, tánto valor, tánto talento para acometer de lleno, con una serenidad y aplomo desconcertantes, el problema diario de nuestra sociedad que a fuerza de querer fingirse una vida «para los demás» acabará por la degeneración social, cuyo principio ya estamos contemplando. EL ESCOLLO es la voz de alarma para las madres que desean casar a sus hijas con quienes solamente las pueden ofrecer una bolsa de dinero; es el grito de un artista refinado que demuestra que no todo debe tener un fin utilitario; es la censura implacable contra la maledicencia imperante que ha-

ce de una mujer sana y honorable una mujerzuela vil, y a una cortesana de salón la rodea de los mayores respetos y consideraciones; es la demostración natural de la imposibilidad del amor libre; es la edificación de una tesis, que todos llevamos dentro de nuestra alma pero que no nos atrevemos a poner en práctica porque nos falta valor para con los demás.

De su técnica escénica nada tenemos que hablar. Quisiéramos que don Ricardo Calvo estudiara con mayor detenimiento ciertas frases y ciertas actitudes que en esta obra sentarían mejor que las adoptadas anoche en algunas escenas. No queremos con esto ni siquiera esbozar una censura, pero podríamos asegurar que la obra de Daniel Samper Ortega no ha sido ensayada más de tres veces. No obstante, el talento de Ricardo Calvo sobrepasó a toda ponderación; todos pudimos anotar anoche el cariño con que la compañía acogió EL ESCOLLO de Daniel Samper Ortega. La señora Asquerino, con un arte admirable, con una concepción completa de su papel de Ana desarrolló todas las escenas con maestría incomparable, con un arte y un desenfado exquisitos y supo dar tal sen-

timiento a la obra en los finales de acto que, francamente, cordialmente, se hizo merecedora no solamente a los más nutridos y expontáneos aplausos, sino al agradecimiento de quienes luchan por el arte de Thalía entre nosotros. El señor Soriano Viosca fue admirable. Su papel de Miguel, de ese Miguel seco y ceñudo, de ese Miguel que no perdona ocasión de relacionarse con los Ministros, ni de acaparar los dólares, estuvo a la altura del de la señora Asquerino.

En definitiva: Daniel Samper Ortega, quedó anoche consagrado como el primer autor nacional. Ricardo Calvo, tuvo un ruidoso éxito; Soriano Viosca se conquistó las mejores palmas y la señorita Asquerino, tuvo tal triunfo en su papel que no con palmas debemos aplaudirla, sino dejando oir los latidos entusiastas de nuestro corazón, cuando anoche, con voz pausada, lenta, dulce, modulaba las suaves frases de esa obra genial, plasmándose a la tragedia interior de una alma perseguida, tanto más dulce cuanto más desamparada.

Jerónimo Cavalca

Fígaro.

OBRAS DEL AUTOR:

ENTRE LA NIEBLA Segunda edición. Agotada

EN EL CEREZAL Novela Segunda edición.

LA MARQUESA DE ALFANDOQUE Novela
Segunda edición.

LA OBSESION Novela.

PROXIMAMENTE:

¡CHIQUILLO MIO!